

Gérard de Nerval



Aurèlie
o el sueño y la vida

MALDOROR ediciones



Gérard de Nerval

AURÉLIE
O EL SUEÑO Y LA VIDA

Traducción: Jorge Segovia

MALDOROR ediciones

La reproducción total o parcial de este libro, no autorizada
por los editores, viola derechos de copyright.
Cualquier utilización debe ser previamente solicitada.

Título de la edición original:

Aurèlie, ou le rêve et la vie

Gallimard, París 1974

© Primera edición: 2009

© Maldoror ediciones

© Traducción: Jorge Segovia

ISBN 13: 978-84-96817-91-3

MALDOROR ediciones, 2009
maldoror_ediciones@hotmail.com
www.maldororediciones.eu

AURÉLIE
o el sueño y la vida

PRIMERA PARTE

I

El sueño es una segunda vida. Nunca pude cruzar sin estremecerme esas puertas –de marfil o de cuerno– que nos separan del mundo invisible. Los primeros instantes del sueño son como una imagen de la muerte. Una especie de velado letargo acaba por apoderarse de nuestro pensamiento, y no podemos determinar el instante preciso en que el *yo*, bajo otra forma, prosigue la obra de la existencia. Se trata de un amorfo subterráneo que se ilumina poco a poco, y donde se desprenden de la sombra y la noche las pálidas figuras hieráticas e inmóviles que pueblan el territorio del limbo. Después el cuadro adquiere forma, y una claridad nueva ilumina cinéticamente esas apariciones extrañas: el mundo de los espíritus se abre entonces para nosotros.

Swedenborg llamaba a esas visiones *Memorabilia*, y frecuentemente tenían su origen en el delirio más que en el sueño. *El Asno de Oro*, de Apuleyo, y *La Divina Comedia* de Dante, son los modelos poéticos de esos estudios del alma humana. Voy a intentar aquí, siguiendo su ejemplo, transcribir las impresiones de una larga enfermedad que se desarrolló en los arcanos de mi espíritu; y no sé por qué utilizo el término enfermedad, pues nunca, en lo que a mí se refiere, llegué a gozar de mejor salud. A veces, creía que mi fuerza y actividad eran redobladas; me parecía saberlo todo, comprenderlo todo; la imaginación me procuraba delicias infinitas... Al recobrar eso que los hombres llaman la razón, ¿tendré que lamentar haberlas perdido?

Esa *vita nuova* consistió para mí en dos fases. He aquí las notas que se refieren a la primera.

Una mujer a la que llamaré Aurèlie –y a la que amé durante mucho tiempo– podía considerarla ya como perdida para mí. Poco importan las circunstancias de ese acontecimiento que habría de tener tanta influencia en mi vida. Cada cual puede buscar en sus recuerdos la emoción más dolorosa, el golpe más terrible con que el destino haya castigado su alma; entonces hay que resolver entre morir o vivir: diré más adelante por qué no escogí la muerte. Condenado por aquella a la que amaba, culpable de una falta de la que no esperaba ya perdón, no me quedaba otra cosa que entregarme a los excesos más vulgares: así, fingí alegría e indolencia, y corrí el mundo, locamente seducido por la variedad y el capricho; me gustaban sobre todo las indumentarias y las extrañas costumbres de lejanos países; me parecía que desplazaba así las condiciones del bien y del mal; los términos, por decirlo así, de lo que es *sentimiento* para nosotros los franceses. “Qué locura –me decía– amar así con un amor platónico a una mujer que ya no nos ama. Es culpa de mis lecturas; he tomado en serio las invenciones de los poetas, y he construido una Laura o una Beatriz de una persona cualquiera de nuestro siglo... Pasemos a otras intrigas, y ésta quedará pronto olvidada. El vértigo de un alegre carnaval en una ciudad de Italia desterró todas mis ideas melancólicas. Me sentía tan dichoso por el alivio que experimentaba, que acabé por hacer partícipes de mi alegría a todos mis amigos, y, en mis cartas, les presentaba como una constante del estado de mi espíritu lo que no era sino excitación febril.

Un día, llegó a la ciudad una mujer de gran renombre, que se hizo amiga mía y que, acostumbrada a gustar y a deslumbrar, me arrastró sin dificultad al círculo de sus admiradores. Después de una velada en la que había estado a la vez natural y llena de un encanto del que todos padecemos las consecuencias, me sentí enamorado de ella hasta el punto de que no quise demorar ni un instante la ocasión de escribirle. ¡Era tan feliz de sentir a mi corazón capaz de un amor nuevo...! Convine en utilizar, en ese entusiasmo falaz, las fórmulas mismas que, tan poco tiempo antes, me habí-

an servido para pintar un amor verdadero y largamente puesto a prueba. Una vez que partió la carta, hubiese querido retenerla, y me fui a soñar en soledad con lo que me parecía una profanación de mis recuerdos.

La noche devolvió a mi nuevo amor todo el encanto de la víspera. La dama se mostró sensible a lo que yo le había escrito, a la vez que mostraba cierto asombro por mi súbito fervor. Yo había franqueado, en un día, varios estratos de los sentimientos que pueden concebirse por una mujer con apariencia de sinceridad. Me confesó que le causaba turbación a la vez que la hacía sentirse orgullosa. Traté de convencerla; pero por mucho que quisiera decirle, no pude volver a encontrar después el diapasón de mi estilo, de manera que me vi obligado a confesarle, con lágrimas, que me había engañado a mí mismo al pretender seducirla... Al parecer, mis sentidas confidencias tuvieron sin embargo algún encanto, y la dulcedumbre de una amistad más fuerte sucedió a unas vanas protestas de ternura.

II

Más tarde, la encontré en otra ciudad, donde se encontraba la mujer a la que yo seguía amando sin esperanza. Un azar hizo que se conocieran entre ellas, y la primera tuvo oportunidad, sin duda, de enternecer con respecto a mí a la que me había desterrado de su corazón. De modo que un día, encontrándome en una reunión de la que formaba parte ella, la vi venir a mí y tenderme la mano. ¿Cómo interpretar ese gesto y la mirada profunda y triste con que acompañó su saludo? Creí ver en esto el perdón del pasado; el acento divino de la piedad daba a las sencillas palabras que me dirigió un valor inexplicable, como si un componente religioso se mezclara a las dulzuras de un amor hasta entonces profano, y le imprimiese el carácter de la eternidad.

Una urgente obligación me empujaba a regresar a París, pero sobre la marcha tomé la decisión de no permanecer más que unos pocos días y volver al lado de mis dos amigas. La alegría y la impaciencia me produjeron entonces una especie de aturdimiento que se complicaba con el cuidado de los asuntos que tenía que llevar a cabo. Una noche, hacia las doce, atravesaba el arrabal donde se encontraba mi alojamiento, cuando, al levantar casualmente los ojos, me fijé en el número de una casa iluminado por un farol. Esa cifra se correspondía con mi edad. Enseguida, al bajar la mirada, vi ante mí a una mujer de tez macilenta y ojos hundidos, que parecía tener los mismos rasgos de Aurèlie. Me dije: “Es *su muerte* o la mía lo que me es anunciado”. Pero no sé por qué me atuve a la última suposición, y me impresioné con la idea de que habría de ser al día siguiente a la misma hora.

Aquella noche tuve un sueño que vino a confirmar mis temores. Erraba por un vasto edificio compuesto de distintas salas, de las cuales unas estaban dedicadas al estudio, otras a la conversación o a las discusiones filosóficas. Me detuve con interés en una de las primeras, donde creí reco-

nocer a mis antiguos maestros y condiscípulos. Las lecciones sobre los autores griegos y latinos aún seguían desarrollándose, con ese monótono zumbido que parece una plegaria a la diosa Mnemosine... Después pasé a otra sala, donde tenían lugar conferencias filosóficas. Participé en ellas durante algún tiempo, luego salí para buscarme una habitación en una especie de hostería de escaleras inmensas, que bullía de viajeros atareados.

Me perdí más de una vez en aquellos largos corredores y, al atravesar una de las galerías centrales, me llamó la atención un extraño espectáculo. Un ser de tamaño desmesurado -hombre o mujer, no lo sé-, revoloteaba penosamente en la alturas y parecía debatirse entre nubes espesas. Falto de aliento y de fuerza, acabó por caer, finalmente, en mitad del oscuro patio, enganchando y desgarrando sus alas a lo largo de los tejados y las balaustradas. Pude contemplarlo un instante. Estaba teñido con tintes bermellones, y sus alas brillaban con mil reflejos tornasolados. Vestido con un largo traje de pliegues antiguos, se parecía al ángel de la *Melancolía*, de Albrecht Dürer... No pude reprimir un grito de terror, que me despertó sobresaltado.

Al día siguiente, me apresuré a ir a ver a todos mis amigos. Mentalmente me despedí de todos y cada uno, y, sin decirles ni una palabra de lo que ocupaba mi espíritu, diserté apasionadamente sobre temas místicos; incluso llegué a asombrarlos con una elocuencia fuera de lo común; me parecía que lo sabía todo, y que los misterios del mundo se me revelaban en esas horas supremas.

Al anochecer, cuando la hora fatal parecía acercarse, disertaba con dos amigos, sentados a la mesa de un casino, sobre la pintura y la música, definiendo desde mi punto de vista la generación de los colores y el sentido de los números. Uno de ellos, llamado Paul***, quiso acompañarme a mi casa, pero le dije que todavía no me retiraba.

- ¿A dónde vas? -me preguntó.

- *Hacia el Oriente.*

Y mientras me acompañaba, me puse a buscar en el cielo una estrella, que creía conocer, y a la que atribuía alguna

influencia sobre mi destino. Después de encontrarla, proseguí mi deambular siguiendo las calles en cuya dirección era visible, yendo por decirlo así al encuentro de mi destino, y queriendo percibir la estrella hasta el momento en que la muerte hubiera de alcanzarme. Al llegar sin embargo a la confluencia de tres callejuelas, no quise ir más lejos. Me parecía que mi amigo desplegaba una fuerza sobrehumana para hacerme cambiar de lugar, crecía a mis ojos y tomaba la apariencia de un apóstol. Tuve la sensación de que el lugar donde estábamos comenzaba a levitar, y que perdía las formas que le daba su configuración urbana... -Sobre una colina, rodeada de vastas soledades, esa escena se convertía en el combate de dos Espíritus y como una tentación bíblica.

- “¡No! -decía yo-, no pertenezco a tu cielo. En esa estrella están los que me esperan. Son anteriores a la revelación que has anunciado. Déjame reunirme con ellos, pues aquella a la que amo les pertenece, y es allí donde debemos reunirnos”.

III

Aquí empezó para mí lo que llamaré el desbordamiento del sueño en la vida real. A partir de aquel momento, todo tomaba a veces un aspecto doble, y eso, sin que el razonamiento careciese nunca de lógica, sin que la memoria perdiese los más leves detalles de lo que me sucedía. Sólo que mis acciones -insensatas en apariencia-, estaban como sometidas a lo que llaman ilusión, según la razón humana...

En muchas ocasiones me ha asaltado la idea de que, en determinados momentos graves de la vida, algún Espíritu del mundo exterior se encarnaba de pronto en la forma de una persona ordinaria, y actuaba o intentaba actuar sobre nosotros, sin que esa persona lo supiese o guardase un recuerdo de ello.

Mi amigo me había abandonado, viendo que sus esfuerzos eran inútiles, y creyéndome sin duda presa de alguna idea fija que nuestra deambulación acabaría aplacando. Al encontrarme solo, no sin esfuerzo reanudé mi camino en dirección de la estrella sobre la que fijaba sin interrupción mis ojos. Al hilo de mi errancia, cantaba un himno misterioso del que creía recordar que lo había escuchado en alguna otra existencia, y que me colmaba de una inefable alegría. Al mismo tiempo, abandonaba mi ropaje terrestre y lo dispersaba a mi alrededor. El camino parecía elevarse constantemente y la estrella aumentar de tamaño. Después, me quedé con los brazos extendidos, esperando el momento en que el alma iba a separarse del cuerpo, atraída magnéticamente por el rayo de la estrella. Entonces sentí un escalofrío; la añoranza de la tierra y de aquellos a los que en ella amaba sobrecogió mi corazón, y supliqué tan ardientemente en mí mismo al Espíritu que me atraía hacia él, que me pareció que volvía a descender entre los hombres. En torno a mí, unos gendarmes que hacían su ronda nocturna ; -tenía entonces la sensación de que me había vuelto muy grande,- y de que, enteramente imbuido de

fuerzas eléctricas, iba a derribar todo lo que se me acercaba. Sin duda, algo de cómico debió haber en el cuidado que puse en respetar las fuerzas y la vida de los gendarmes que me habían recogido.

Si no creyese que la misión de un escritor es analizar sinceramente lo que experimenta en las graves circunstancias de la vida, y si no me propusiera un objetivo que considero útil, me detendría aquí, y no intentaría describir lo que experimenté después en una serie de visiones insensatas tal vez, o quizá vulgarmente enfermizas... Tumbado sobre un camastro, creí ver al cielo retirar sus velos y abrirse en mil aspectos de inaudita magnificencia. El destino del Alma liberada parecía revelarse a mí como para apesadumbrarme por haber hecho pie con todas mis fuerzas en la tierra que iba a abandonar... Inmensos círculos se dibujaban en el infinito, como las ondas que se forman en el agua disturbada por la caída de un cuerpo; cada región, poblada de figuras radiantes, cobraba movimiento, se coloreaba, y se fundía alternativamente, y una divinidad, siempre la misma, se desprendía sonriente de las furtivas máscaras de sus diversas encarnaciones, y se refugiaba al fin, inasible, en los místicos esplendores del cielo de Asia.

Por uno de esos fenómenos que todo el mundo ha podido experimentar en el curso de determinados sueños, esa visión celeste no me dejaba insensible a lo que sucedía a mi alrededor. Tumbado en un catre, oía cómo los agentes charlaban de un desconocido arrestado como yo, y cuya voz resonaba en la misma sala. Por un singular efecto de vibración, me parecía que esa voz retumbaba en mi pecho y que mi alma se desdoblaba, por decirlo así, –distintamente repartida entre la visión y la realidad. Por un instante, tuve la idea de volverme hacia aquel del que hablaban, pero al momento me estremecí al recordar una tradición muy conocida en Alemania, según la cual cada hombre tiene un *doble*, y que cuando le ve, es señal de que la muerte está próxima. Cerré los ojos y caí en un confuso estado de ánimo en el que las figuras fantásticas o reales que me rodeaban se quebraban en mil apariencias fugitivas. En

determinado momento, vi cerca de mí a dos de mis amigos que me reclamaban, los agentes me señalaron, después la puerta se abrió y alguien de mi estatura, a quien no pude ver la cara, salió con mis amigos, cuya atención quise atraer en vano.

- ¡Se trata de un error! -exclamé-: ¡vinieron a buscarme a mí y es otro el que sale!

Armé tal algazara que acabaron por meterme en el calabozo.

Permanecí allí varias horas sumido en una especie de torpor; finalmente, los dos amigos que había *creído ver* antes vinieron a buscarme con un coche. Les conté todo lo acontecido, pero negaron haber venido durante la noche. Almorcé con ellos dando muestras de bastante tranquilidad, pero a medida que se acercaba la noche, me pareció que debía temer la hora misma que la *víspera* había estado a punto de resultarme fatal. Pedí a uno de ellos una sortija oriental que llevaba en el dedo y que yo consideraba como un antiguo talismán, y, cogiendo un pañuelo de seda, la anudé alrededor de mi cuello, procurando que el engaste, compuesto de una turquesa, quedase fijo sobre un punto de la nuca, donde sentía un vivo dolor. En mi opinión, ese punto era por donde el alma amenazaba con salir en el momento en que cierto rayo, surgido de la estrella que había visto la *víspera*, coincidiera relativamente conmigo desde su cenit. Y ya fuese por azar, o por efecto de mi intensa preocupación, el caso es que caí como fulminado a la misma hora que la *víspera*.

Me instalaron en un lecho, y durante mucho tiempo perdí el sentido y el nexo de las imágenes que se ofrecieron a mi vista. Ese estado duró varios días. Fui trasladado a una casa de salud. Muchos parientes y amigos me visitaron sin que yo llegase a tener conocimiento de ello. La única diferencia para mí entre la vigilia y el sueño era que, en la primera, todo se transfiguraba antes mis ojos; cada persona que se me acercaba parecía cambiada, los objetos materiales tenían como una penumbra que modificaba su forma, y los juegos de luz, las combinaciones de los colores, se des-

componían, de manera que me mantenían absorto en una constante serie de impresiones que se ligaban entre sí, y cuya probabilidad era continuada por el sueño, más desligado de los elementos exteriores.